

Leer y escribir en la Antigüedad

Jesús BARTOLOMÉ, M.ª Cruz GONZÁLEZ y Milagros QUIJADA (eds.):

La escritura y el libro en la Antigüedad

Madrid: Ediciones Clásicas, 2004, 453 págs.



ENTRE LAS ÚLTIMAS NOVEDADES bibliográficas de Ediciones Clásicas se encuentra esta obra colectiva que, bajo el título *La Escritura y el Libro en la Antigüedad*, ha sido editada por Jesús Bartolomé, M.ª Cruz González y Milagros Quijada, todos

ellos profesores del Departamento de Estudios Clásicos de la Universidad del País Vasco (UPV). Como sus editores confiesan en el breve prólogo que inicia el libro, éste tiene su origen en una iniciativa de la Sección del País Vasco de la Sociedad Española de Estudios Clásicos por ofrecer a sus socios una monografía que, en la medida de lo posible, les permitiera acercarse a la escritura y el libro en la Antigüedad, con especial referencia a Grecia y Roma. El resultado final es la obra que analizo aquí, compuesta por veintiuna contribuciones firmadas por otros tantos autores, en su mayoría filólogos. Valga esta breve referencia a la génesis de la obra no sólo como introducción, sino para hacer más comprensible a los lectores de esta reseña por qué la estructura de la obra es la que es, por qué los investigadores que han redactado sus capítulos son los que son y, en suma, por qué el libro ha sido publicado por la Sociedad Española de Estudios Clásicos.

Podríamos afirmar que el título del libro es, pese a su brevedad, mucho más de lo que el lector encontrará en su interior. En efecto, salvo un solo artículo (dedicado a la escritura cuneiforme), el resto están dedicados a los usos de la escritura y la lectura en Grecia y Roma, con referencias puntuales a los sistemas

de escritura en la Grecia prehelénica y los inicios de la escritura en la Península Ibérica. Así las cosas, cualquier lector interesado en obtener una introducción a las prácticas de escritura y de lectura en la Antigüedad, comenzando precisamente por sus orígenes, deberá recurrir forzosamente a otras obras que han visto la luz no hace mucho tiempo. Por ejemplo, el capítulo que el egiptólogo Antonio Pérez Largacha dedicó a la escritura en el Próximo Oriente en una monografía colectiva publicada por Ediciones Trea hace pocos años,¹ coordinada por el profesor Antonio Castillo Gómez, ofrece mucho más al lector interesado por conocer cómo y por qué comenzaron a escribir las primeras civilizaciones del Próximo Oriente Asiático, que lo que puede aportar Reinhard Stempel en la quincena de páginas que dedica a la escritura cuneiforme, escritas con un empeño, digno de todo elogio, por sintetizar la complejidad del tema encargado por los editores.

Un examen atento del libro permite comprobar que algunos autores que han colaborado en el mismo, especialistas de reconocido prestigio en el campo de la Epigrafía, la Lingüística o la Historia Antigua, no han ido más allá de la descripción de las cuestiones materiales de la escritura (los signos y su desciframiento, la enumeración de los distintos tipos de soporte o la evolución diacrónica de la forma de las letras y su valor fonético en los distintos alfabetos conocidos). Sin duda, su interés por estos temas radica en su particular especialización en las labores de investigación, pero también en la propia tradición de sus disciplinas científicas, más interesadas en los aspectos filológicos y tecnológicos de la escritura que por los estrictamente sociales. No obstante, algunos autores que han colaborado en este interesante libro han sabido ir más allá de la erudición positivista, imperante en la mayoría de los trabajos que publican los filólogos e historiadores de la Antigüedad, y traspasar las barreras del discurso descriptivo para introducirse en los espacios de la Historia social de la Cultura Escrita.

¹ PÉREZ LARGACHA, 2002, 29-68.

Como el espacio limitado con que cuento en estas páginas no me permite extenderme en consideraciones pormenorizadas de cada una de estas aportaciones, me centraré en aquellas que considero pueden ser más interesantes a los lectores de *Cultura Escrita & Sociedad* que pretendan acercarse a esta monografía con el interés de quien desea conocer no sólo el cuándo, el cómo y el dónde de las prácticas de escritura y lectura en la Antigüedad, sino también buscando las respuestas al qué y al por qué. En este sentido, cabe destacar el capítulo dedicado por Javier de Hoz a la adaptación de la escritura consonántica al griego (pp. 37-54), sin duda un tema que se brinda más a una monografía que a un simple ensayo de menos de veinte páginas, pero que el autor ha sabido resolver con habilidad. Al igual que hace el mismo autor en otro capítulo (pp. 211-237), dedicado a estudiar los distintos niveles y áreas funcionales de la alfabetización de la sociedad griega, desde la época arcaica hasta la clásica, en el que divulga las aportaciones de la Historiografía más reciente, poniendo en relación la expansión del hábito epigráfico en la *polis* democrática con el afán propagandístico de los ciudadanos, posiblemente por el orgullo de los atenienses (en quienes centra de Hoz su argumentación) por mostrar públicamente su pertenencia a una comunidad isonómica y por enaltecer las instituciones que encarnan estos valores.

No menos interesante, también para el ámbito de la Antigua Grecia, es el capítulo que dedica Máximo Brioso a la novela griega, centrándose su atención en los aspectos relacionados con su materialización escrita y su difusión en el mundo antiguo (pp. 271-309). El autor realiza una documentada síntesis de las principales cuestiones que han ocupado a los especialistas que han investigado sobre este asunto: su origen y divulgación (en la que tanto se ha destacado la oralidad para explicar la popularidad de las novelas). Sin escatimar referencias a las fuentes clásicas, pero, sobre todo, sin privar al lector de una amplia y actualizada bibliografía, necesaria para apoyar o refutar sus tesis, Máximo Brioso desmonta conceptos como los

de «productos de consumo» o «literatura popular», utilizados con excesiva alegría por un buen número de autores contemporáneos para explicar la extraordinaria difusión del género en la Antigüedad.

Las contribuciones al estudio de la escritura y la lectura en Roma son muy significativas, destacando las aportaciones de los historiadores de la Antigüedad, centradas en el ámbito hispánico, como el capítulo que dedica Juan Santos a la epigrafía monumental (pp. 131-150), o M.ª Cruz González al papel que jugó la *publica religio* en algunos programas epigráficos, particularmente en la Bética (pp. 152-170). Y como no podría ser de otra forma, no falta un detenido análisis de las escrituras expuestas en los espacios públicos de la ciudad romana en períodos electorales, que corre a cargo de Juan Francisco Rodríguez Neila (pp. 115-130), quien pone en manos de los profanos una excelente síntesis sobre los textos de los *programmata*, sus comitentes, los ejecutantes y sus potenciales lectores. No menos interesante es el capítulo que M.ª Teresa Muñoz García de Iturrospe dedica a los epitafios literarios de las sepulturas de los antiguos romanos, compaginando la rica información que aportan las inscripciones funerarias con las referencias de los autores clásicos sobre la muerte y el ritual funerario. Su trabajo, estrechamente ligado al tema que constituyó su Tesis Doctoral,³ aunque referido ahora al ámbito de las inscripciones paganas, sin duda interesará a aquellos que han leído el capítulo que Armando Petrucci dedica a la «escritura última» de la Roma republicana e imperial en su obra publicada hace una década.⁴

En suma, se trata de una obra muy valiosa en la medida en que aporta nuevos materiales para la Historia de la Cultura Escrita en Grecia y Roma, tan necesitada de nuevas aportaciones bibliográficas en lengua castellana. No obstante, al tratarse de una monografía tan heterogénea,

³ MUÑOZ GARCÍA DE ITURROSPE, 1995.

⁴ PETRUCCI, 1995.

en la que han colaborado una veintena de autores, algunas contribuciones poco aportan a lo ya conocido y otras, pese a lo que cabría esperar por el título de la obra, se centran más en las cuestiones estrictamente filológicas.

Referencias bibliográficas

PÉREZ LARGACHA, Antonio: «Escritura en el Próximo Oriente», en Antonio Castillo Gómez (coord.): *Historia de la Cultura Escrita. Del Próximo Oriente Antiguo a la sociedad informatizada*, Gijón: Trea, 2002, pp. 29-68.

MUÑOZ GARCÍA DE ITURROSPE, M.ª Teresa: *Tradicón formular y literaria en los epitafios latinos de la Hispania cristiana*, Vitoria-Gasteiz: Universidad del País Vasco, 1995.

PETRUCCI, Armando: *Le scritture ultime. Ideologia della morte e strategie dello scrivere nella tradizione occidentale*, Turín: Einaudi, 1995.

● Manuel RAMÍREZ SÁNCHEZ
[Universidad de Las Palmas de Gran Canaria]

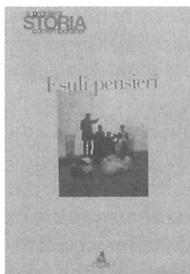
Huellas de memoria y emigración

CAMILLO BREZZI Y ANNA IUSO (EDS.):

Esuli pensieri. Scritture migranti

Storia e problemi contemporanei, XVIII, 38, 2005, 232 págs.

LOS «PENSAMIENTOS EXILIADOS» evocados en el subtítulo de este número de la revista *Storia e problemi contemporanei* pertenecen a «San Martino», célebre poema de Giosué Carducci, poeta y premio Nobel de Literatura en 1906, enormemente recordado por la tradición escolástica italiana. Además, el tema del deambular de la memoria, y no únicamente de la infancia, fue parte importante de su producción artística. En este volumen monográfico se recogen las actas del homónimo congreso celebrado en Arezzo



los días 14 y 15 de noviembre de 2003 y promovido por la administración provincial junto con el Archivo Diarístico Nazionale, fundado en 1984 en Pieve Santo Stefano (en la misma provincia) por iniciativa del periodista Saverio Tutino. Los

autores son, sobre todo, historiadores y antropólogos, pero también lingüistas y geógrafos, que han dirigido su interés hacia la escritura de los emigrantes, especialmente italianos, muy presentes en los archivos de la memoria y la escritura popular, como el de Pieve. El espacio de tiempo cubierto es el que va desde finales del siglo XVIII hasta la posguerra de la Segunda Guerra Mundial.

El libro ordena las contribuciones alrededor de los tres temas principales sobre los que los diversos colaboradores analizan su documentación: los autores de los textos, sus contenidos y, finalmente, las formas expresivas elegidas para la representación de la experiencia migratoria: autobiografías, epistolarios, poemas, canciones (Antonelli, Franzina), dibujos, fotografías. Como sucede a menudo en las recopilaciones de ensayos, es difícil dar cuenta de cada aportación y toda elección comportaría con ello un descuido tan necesario como arbitrario de argumentos que son significativos en otro sentido. Más que proceder a través de las tres secciones en las que se divide el libro, creemos útil individualizar algún tema que parezca más «exiliado» (permítaseme el juego de palabras) que otras reflexiones a las que ya estamos acostumbrados. Entre ellos está la llamada «imposición autobiográfica», subrayada en el ensayo de Iuso a partir del examen de un concurso autobiográfico creado en 1939 en la Universidad de Harvard y dirigido a los exiliados testigos del cambio de Alemania al nacionalsocialismo: la autobiografía occidental no es, de hecho, o no simplemente, el fruto de una tensión espontánea. Muy a menudo es el resultado de una petición generada a su vez por

* Traducción al castellano de Manuel Vicente Rodríguez Alonso.